

El siglo de María Eugenia fue políticamente complejo. Distintos regímenes se sucedieron al frente del país, demostrando la lucha entre los partidarios del antiguo régimen monárquico y los de la República, guiados por un ideal democrático. Se encadenan revueltas civiles y golpes de estado. En 1851, cuando los gobernantes de la II República se enfrentaron a su falta de experiencia y a todo un sector de la población le preocupaba el futuro, Luis Napoleón Bonaparte recuperó el poder con un golpe de Estado. Proclamó el Segundo Imperio, frustrando las pretensiones republicanas. En julio de 1870, Francia se vio envuelta en una desastrosa guerra contra Prusia. En los Archivos se pueden encontrar una serie de documentos que datan de estos tiempos convulsos. Nos ayudan a comprender cómo los vivió María Eugenia, hace justo 150 años.

La guerra trastorna proyectos

El 25 de junio de 1870 se celebra en Auteuil el III Capítulo general de la historia de la Congregación. Precede a la dispersión de algunas de las hermanas, que deben ser puestas a salvo, ya que la guerra se declara justo después del Capítulo. Las comunidades de la Asunción situadas en el este del país (Sedan, Saint Dizier, Reims) se encuentran en una zona peligrosa. En Saint-Dizier, la Asunción se convierte en un "*hospital móvil militar*", lo que significa que los heridos de guerra son acogidos en el Monasterio. En septiembre de 1870, Sedán fue el escenario del arresto de Napoleón, desacreditado, seguido de cerca por la proclamación de la III República. La ciudad de Reims, que no está lejos, también está amenazada desde el verano de 1870. Como se menciona en las notas de los textos fundacionales, la Madre María Eugenia, en Lyon, a donde partió a principios de agosto, conoce las primeras derrotas de Francia. Por lo tanto, regresa a París, que también está ocupada por el enemigo. Auteuil se encuentra en el corazón de la tormenta. Deben dispersar a la gran mayoría de las hermanas para protegerlas. María Eugenia gasta sus energías organizando las salidas hacia Poitiers, Lyon, Burdeos, Nimes, Inglaterra. La seguridad de las hermanas es una prioridad para ella. El noviciado parte hacia Lyon. Toda la Congregación se ve afectada por estos acontecimientos. Las hermanas, María Eugenia la primera, ven desmoronarse sus programas, modificar sus planes; tienen que afrontar lo inesperado. En estos tiempos de pandemia, cuando todo en nuestro mundo se trastorna, esto nos acerca a nuestras Madres.

Auteuil transformado en “hospital móvil” de guerra

El 26 de agosto, la propia María Eugenia abandona París. Una treintena de hermanas se quedan allí con la Madre Marie-Séraphine. Se organiza un hospital móvil en el Petit Couvent, que se convierte en un lugar de acogida y atención de los heridos. Los anales de Auteuil en 1870-1871, de los que guardamos cuidadosamente los dos cuadernos,

relatan estos días. Dan testimonio de esta guerra vivida desde dentro: *“El jueves 13 de octubre fui al hospital para las curas. Alrededor de las 9 de la mañana comenzamos a escuchar el cañón en la dirección de los fuertes de Montrouge e Issy; alrededor de las 10 los disparos se sucedían con espantosa rapidez, subimos a los dormitorios de las niñas, pensando que desde allí podíamos ver de qué lado se luchaba (...) el cañón retumbaba como para quebrantar todo. Cuando me orienté un poco, vi muy bien a simple vista los cañones prusianos disparando desde un reducto que habían construido en las alturas de Clamart. Me asombró ver el humo mucho antes de escuchar la detonación, me dijeron que siempre era así.”* En estos mismos anales, descubrimos cómo el padre Picard escapó por poco de las balas de cañón durante un día que pasó con los heridos en las calles de París. Nos encontramos con personas acogidas en el Petit Couvent, como estos dos jóvenes civiles, que fueron alcanzados por balas enemigas mientras trabajaban en el movimiento de tierras en el Bois de Boulogne. Una hermana cuenta sobre uno de ellos: *“Lo llevé a una habitación donde aún no había nadie, para que descansara mejor (...) Cuando volví a verlo, lo encontré llorando a lágrima viva, su almohada completamente inundada. Este pobre muchacho me dio lástima, quería consolarlo, le dije que seríamos hermanas para él, que lo cuidaríamos bien (...) llamé a sor Marie Jeannette para averiguar la causa de sus lágrimas; le dijo que era hambre porque durante dos días no había comido nada; como no entendía francés, no sabía cuándo tenía que ir a buscar su ración, y cuando llegaba, no encontraba nada.”*

Los mismos cuadernos informan de las numerosas inspecciones para saber el número de camas, para asegurarse de que se acoge a los pacientes. Las hermanas no tienen experiencia y no conocen las reglas de los hospitales. También necesitan dinero: *“Se había acordado con el alcalde de Passy que le proporcionaríamos ropa de cama, (...) que prestaríamos nuestra atención y todo el personal necesario, y el alcalde se comprometería a darnos 1, 50 francos por día, por cada soldado...”*

París cambia de rostro: *“Cuando no has visto el aspecto de París desde el asedio, no puedes tener la menor idea. Este París, tan alegre, tan brillante, tan lujoso, es hoy tan triste, tan sucio, tan lúgubre: solo vemos soldados y móviles, más sucios los unos que los otros. Se cuelga la ropa en los Campos Elíseos...”* En el corazón de París, Auteuil vive al ritmo de los cañones y de la llegada de los heridos, en una gran desolación.

En el sitio web de la Congregación se puede encontrar la transcripción completa de estos cuadernos de 1870-1871.

Desde Nîmes, María Eugenia acompaña a las comunidades “a distancia”

Después de dejar Auteuil, *“con ganas de llorar”*, como escribía un día al Padre d'Alzon, María Eugenia parte hacia el Sur. Se detiene en Poitiers, luego en Burdeos antes de llegar a Nîmes el 4 de octubre de 1870. Permaneció allí durante 8 meses, lo que le permitió estar más fácilmente en contacto con las hermanas de toda la Congregación. Sus cartas a la Madre Thérèse Emmanuel y al Padre d'Alzon son verdaderas fuentes

históricas. Busca mantenerse en contacto con los acontecimientos, siguiendo la evolución de la guerra y de las comunidades. A veces permanece sin noticias de algunas de ellas durante largos días: "*Sin noticias de Reims*" (ME, Carta a TE, n ° 696, 27 de septiembre de 1870), "*nada bueno de nuevo, hija mía, me temo que la situación sigue siendo muy grave y que el día 1 tendremos que irnos. Saint Dizier parece liberado del miedo a una batalla, hay tropas francesas de paso.*" (ME, Carta a TE, n ° 699), "*Hemos recibido su despacho, pero lamentablemente también recibimos esta mañana la desastrosa noticia del ejército de Mac Mahon de Sedan. ¿Qué va a pasar? ¿Qué gobierno vamos a tener*" (ME, Carta a TE, n ° 701, 4 de septiembre de 1870) Gran incertidumbre sobre el futuro. Hay que vivir con eso. A veces las noticias de una comunidad llegan como un rayo de sol: "*Por fin tengo noticias de las hermanas que se quedaron en Saint Dizier, no estaban preocupadas por el alojamiento que obtuvieron en el hospital sino que su casa estaba ocupada por 700 u 800 prusianos que estropearon todo. Solo recibí unas pocas palabras...*" (Marie Eugénie, Carta al Padre d'Alz., N ° 3275, 1 de septiembre de 1870)

Sorpresa al descubrir que a veces escribe largas cartas en inglés a Thérèse Emmanuel: « *Good Bye dearest friend, all is quiet here, we are afraid to receive no news more from Paris, they write today, they say it is perhaps the last time for a long while* » (ME a TE, carta n ° 706, 13 de septiembre de 1870). Esta última está en Lyon con el Noviciado. Durante el mes de septiembre, sus intercambios con María Eugenia informan sobre la búsqueda de un lugar de asilo fuera de Francia. Se refugiará en Suiza, en Sacconex, con las novicias. María Eugenia sigue de cerca la búsqueda, luego el viaje. Incluso le dicta a Thérèse Emmanuel lo que tiene que decir en caso de un control durante el viaje. A finales de septiembre de 1870 llega el noviciado a su destino: "*Estamos muy contentas de saber que estáis a salvo.* "

Un camino de abandono y lealtad

Durante estos largos meses, María Eugenia tuvo "*que pensar mucho para colocar a tantas hermanas dispersas*"; está constantemente preocupada por la situación de las comunidades: "*No tengo noticias de Reims, espero que no habiendo lucha, no habrá violencia.*" (ME, Carta al Padre d'Alz., N ° 3277, 18 de septiembre de 1870)

Pero sentir que las hermanas están llenas de fe la consuela: "*Las hermanas de Auteuil están en perfectas disposiciones, llenas de valor y fervor; El padre Picard les predicó un retiro (...) y lo hicieron con todo el corazón.*" (ME, Carta al Padre d'Alz., N ° 3278, X de septiembre de 1870.) Se alegra del bien que están haciendo y sigue la acogida de los heridos en los hospitales desde la distancia. Sin embargo, vive la distancia con tristeza: "*Por Auteuil, estoy muy conmovida por las cartas de nuestras hermanas, están en el mejor ánimo. ¡Ay de mí! recibiré más. A menudo me arrepiento de no estar más con ellas.*" (ME, Carta al Padre d'Alz., N ° 3279, 22 de septiembre de 1870)

En 1871 se produjo una especie de tregua, pero la situación continua siendo inestable; se teme una nueva revolución. María Eugenia espera que para todos *"las pruebas sean una renovación"* (ME, Carta al Padre d'Alz., N ° 3291, 25 de mayo de 1871). Un medio para aferrarse: la confianza en Dios...: *"En este momento, solo veo sabiduría en abandonarse a Dios, servirle y rezarle..."* (ME, Carta al Padre d'Alz., N. 3294, 23 de julio de 1871)

Cuando regresó a Auteuil en junio de 1871, encontró un monasterio que acababa de ser saqueado por insurgentes de la Comuna. Las listas de muebles destruidos y las cartas de denuncia también se encuentran en los Archivos.

La fundadora relea su forma de gobernar, sujeta a los vaivenes de acontecimientos sobre los que no tiene control: *"Finalmente veo que el gobierno es ante todo una obra de paciencia; pocas cosas parecen hacerse como a uno le gustaría, y solo se las vuelve al bien general haciéndolo con la mayor suavidad posible, y especialmente con el menor prejuicio."* (ME, Carta al Padre d'Alz., N ° 3295, 4 de agosto de 1871)

Durante estos meses desestabilizadores, mantuvo, para ella y para las hermanas, la llamada a santificar cada momento de la vida, cualquiera que sea, como lo demuestra su último capítulo para las Hermanas de Nimes: *"A punto de dejarlas, vengo a señalarles lo rápido que pasa el tiempo, la necesidad de utilizar para nuestra santificación cada uno de los momentos que se nos dan. ¡Vean cuán rápido ha pasado este año (la mitad de 1870 y la mitad de 1871) lleno de acontecimientos serios y dolorosos! (...) Así pasa la vida y de ahí, la necesidad de santificarla... Por tanto entiendan, hermanas mías, la importancia y el precio del tiempo que Dios les da para preparar su eternidad."* (ME, Instr. Del 7 de mayo de 1871) Subraya la importancia de vivir en dependencia del cuerpo-congregación y actuar siempre como miembro de este cuerpo. Antes de concluir pidiendo perdón por sus propias faltas, insiste: *"Comprendan, entonces, hermanas mías, lo importante que es que santificándose, ayuden a establecer, a mantener en la Congregación lo que debe hacer el verdadero espíritu sobrenatural, espíritu de pobreza, obediencia, castidad, espíritu de humildad y celo, en una palabra el espíritu de Jesucristo y del Evangelio..."*

Que la experiencia de nuestras Madres, en tiempos turbulentos, nos ayude a atravesar con serenidad los trastornos de nuestro tiempo.